

LA HAMBRUNA ESPAÑOLA EN LAS ZONAS DE LATIFUNDIO BAJO EL FRANQUISMO: UN CASO DE ESTUDIO DE ANDALUCÍA

José M. Abril
Miguel Ángel del Arco Blanco*

En 1946, un reportero del periódico británico *The Daily Telegraph* informaba desde Córdoba que la «inanición» era algo cotidiano en la vida de los pobres del sur de España: «hombres, mujeres y niños mueren de hambre o de enfermedades derivadas de la malnutrición». Era posible presenciar «todos los signos habituales y repulsivos de la hambruna»: «niños con vientres horriblemente hinchados, extremidades frágiles y rostros enjutos y demacrados; mujeres semejantes a espantapájaros humanos, con enormes ojos, incapaces de moverse porque sus articulaciones están hinchadas».¹ *Mundo Obrero*, órgano del Partido Comunista de España editado en París, insistía en que las muertes por inanición eran moneda común en la provincia de Córdoba: en 1946 habían muerto por «inanición en tres meses 1.250 personas» en Bujalance, Castro del Río, Montoro, Baena e Hinojosa del Duque.²

Recientemente, la historiografía española ha demostrado la existencia de una hambruna en la España de posguerra. Una hambruna homologable a las que tuvieron lugar en la primera mitad del siglo XX en otros países europeos y en las que, sin descartar elementos medioambientales, la política y las decisiones humanas estuvieron en los orígenes de que tuviesen lugar o agravasen su virulencia.³

* Trabajo desarrollado en el marco del proyecto: «La familia franquista: política, economía y cultura cotidianas en el desarrollismo (1956-1975)» (Ref. PID2023-147821NB-I00) financiado por MICIU/AEI/10.13039/501100011033 y por FEDER, UE2.

¹ The National Archives (TNA), Public Record Office (PRO), Foreign Office (FO) 371/60412, *The Daily Telegraph*, «Starvation in South Spain. Poverty where land is richest».

² *Mundo Obrero*, n.º 33, 26-09-1946. Información también reproducida en *España Popular* (n.º 315, 2-10-1946), editado en México.

³ Miguel Ángel Del Arco Blanco, «Famine in Spain During Franco's Dictatorship, 1939-52», *Journal of Contemporary History*, 56: 1 (2021), pp. 3-27. Ingrid De Zwart y Miguel Ángel del Arco Blanco (eds.), *The Politics of Famine in European History and Memory*, Routledge, Londres,

Podemos definir las hambrunas como «una escasez de alimentos o de poder adquisitivo que conduce directamente a un exceso de mortalidad por inanición o enfermedades inducidas por el hambre». Son fenómenos históricos caracterizados por una serie de síntomas tales como las muertes por inanición, el aumento de enfermedades infecciosas, el crecimiento del coste de vida, la ingesta de derivados alimenticios, el abandono de niños, la emigración o el descenso de nacimientos.⁴

La hambruna española ya ha sido identificada y explicada en diversos trabajos, vinculándola al periodo de la Europa de entreguerras. No obstante, en este artículo queremos profundizar en ella a través de un estudio de caso en el sur de España, centrándonos en el municipio de Bujalance (Córdoba). Una localidad que puede ser representativa de espacios rurales del suroeste español, con un marcado desequilibrio de la propiedad y una alta polarización social. Un territorio con un enorme peso del sector agrícola en un contexto de latifundio, con una conflictividad y una politización destacadas en las décadas anteriores al golpe de Estado de 1936. Estas características económicas, sociales y políticas explicarán que, en el caso analizado, los efectos de la hambruna sean devastadores respecto a otros lugares de la península donde la desigualdad social sea menor, como pudo ser la mitad norte del país, donde la crisis alimentaria golpeó con mucha menos severidad y la pequeña y mediana propiedad condicionaron el devenir de las vidas de muchos hombres y mujeres.

Nuestra mirada micro nos permite estudiar de cerca el desarrollo de la hambruna, observando el aumento de los fallecimientos y la reducción de los nacimientos en la primera fase de ésta (1939-1942), aunque no de forma espectacular, seguramente por la existencia de un comedor de Auxilio Social y obras de caridad relevantes. Pero especialmente, podemos acercarnos a la segunda fase de la crisis alimentaria, mucho menos conocida y en este caso de proporciones mayores: el año 1946. Los efectos de la política autárquica (reducción de la producción agrícola, inflación desbocada y salarios de miseria) se unieron a malas cosechas agravadas por la sequía especialmente del año 1945, lo que hizo crecer el desempleo de los jornaleros a niveles desconocidos. Fueron estos y sus familias las víctimas principales de la hambruna. Como forma de luchar por superarla, los que pudieron y tuvieron fuerzas emprendieron una emigración para salvar la vida.

Las fuentes principales empleadas en nuestra investigación son de carácter demográfico. En primer lugar, trabajamos los libros de registro de nacimientos y defunciones del registro civil de Bujalance. Se trata de datos primarios que no fueron filtrados por los servicios estadísticos de la dictadura franquista, obteniendo una fotografía más precisa de la realidad. En segundo lugar, recurrimos a los padro-

2025. Gregorio Santiago Díaz, *Franquismo patógeno. Hambruna, enfermedad y miseria en la posguerra española (1939-1953)*, Universidad de Granada, Granada, 2022.

⁴ Cormac Ó Gráda, *Famine. A short history*, Princeton University Press, Princeton, 2009, pp. 4-7.

nes de población conservados en el Archivo Histórico Municipal: obtenemos así una imagen año a año de la evolución de la población, pudiendo contrastar con lo que sucede en el resto de la provincia como consecuencia de la hambruna y de la posguerra. Sin embargo, todo el trabajo de fuentes primarias viene acompañado de la necesaria contextualización política y social del estudio de caso escogido desde por lo menos el año 1900 hasta la Guerra Civil y la llegada de la «victoria» franquista en la posguerra.

1. BUJALANCE ENTRE EL 1900 Y LA GUERRA CIVIL

El municipio de Bujalance es un buen ejemplo de los núcleos agrarios emplazados en la campiña cordobesa y en suroeste español. En la primera mitad del siglo XX su economía era abrumadoramente agrícola. Sito en el alto Guadalquivir, el latifundio era predominante en la estructura de la propiedad, centrándose básicamente en el cultivo de cereales, otros cultivos herbáceos y olivar. Este hecho condicionaba la fotografía social de su población, consistiendo buena parte de ellos en jornaleros o campesinos sin tierra que, cada año, dependían de la contratación por parte de los grandes propietarios y de las coyunturas meteorológicas para tener suficientes jornales para vivir.⁵ Ello era consecuente con la dinámica de la agricultura española en estos años, especialmente la de zonas de grandes predios agrícolas como las de buena parte de Andalucía occidental: una agricultura todavía rentable, con unos rendimientos y una producción en expansión, pero basada en el empleo de mano de obra abundante y barata del municipio o de fuera de él.⁶

Como sucedió en otras regiones españolas y andaluzas, Bujalance también presenció el nacimiento de la política moderna.⁷ La constitución de organizaciones sindicales agrarias provenía ya desde el siglo XIX, pero con la llegada del 1900 el proceso se intensifica. El anarcosindicalismo arraiga con especial fuerza en la campiña cordobesa, donde fue predominante al socialismo. Juan Díaz del Moral fue testigo de todo ello desde su puesto como notario en la propia Bujalance, preocupándose por la situación del campo andaluz, por la de sus campesinos y por

⁵ En 1860 los jornaleros suponían nada menos que el 65,7 % de la población activa agraria de Bujalance. Agustín López Ontiveros, *Emigración, propiedad y paisaje en la campiña de Córdoba*, Ariel, Barcelona, 1974, pp. 180-181.

⁶ Manuel González de Molina (ed.), *Historia de Andalucía a debate. I. Campesinos y jornaleros*. Barcelona, Anthropos, 2000. Rafael Cañete y Francisco Martínez Mejías, *La Segunda República en Bujalance (1931-1936)*, Diputación de Córdoba, Córdoba, 2010.

⁷ Guy Thomson, *El nacimiento de la política moderna en España: Democracia, asociación y revolución, 1854-75*, Comares, Granada, 2014. Manuel González de Molina y Diego Caro Cancela (eds.), *La utopía racional: estudios sobre el movimiento obrero andaluz*, Universidad de Granada, Granada, 2001. Antonio Herrera González de Molina, «Delincuencia común y contienda política durante la Restauración, 1884-1930. Democratización sin democracia», *Historia Social*, 112 (2025), pp. 153-175.

las políticas represivas del régimen de la Restauración. Durante esos años se crean diversas sociedades obreras (*Centro de Sociedades Obreras de Bujalance*, 1903 o *La luz de la Armonía*, 1910), llevando a cabo movilizaciones, protestas e incluso la primera huelga general en la localidad (1903).⁸



Cortijo El Chaparral (1910-1912). Los señores en la entrada principal, donde tenían sus dependencias, y jornaleros y personal de servicio alrededor. Archivo de la familia Castro. Fotografía cedida por sus titulares.

Las agitaciones campesinas se intensifican a partir de 1917. Como consecuencia de la crisis inflacionaria relacionada con la I Guerra Mundial, se produce una oleada de protestas y huelgas en el país. El mundo rural del mediodía español es protagonista, siendo la campiña cordobesa una de las áreas donde el número de conflictos fueron mayores. Mientras que llegaba a España el influjo de la revolución soviética (1917), parecía anunciararse una «aurora de los rojos dedos», en palabras de Díaz del Moral, un nuevo comienzo para las vidas de las clases más modestas

⁸ Juan Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Ed. Facsímil Diputación de Córdoba, Córdoba, [1929], 2009. Antonio Barragán Moriana, *Conflictividad social y desarticulación política en la provincia de Córdoba 1918-1920*, Ayuntamiento de Córdoba, Córdoba, 1990. Francisco Cobo Romero, «La Aurora Roja del campo andaluz. Agitación social y luchas campesinas durante el Trienio Bolchevique, 1918-1920», en Francisco Romero Salvadó y Ángel Smith (eds.), *La agonía del liberalismo español: de la revolución a la dictadura (1913-1923)*, Comares, Granada, 2014, pp. 113-139.

de los campos andaluces. A las clásicas reclamaciones de trabajo, mejores condiciones laborales o salarios más altos se sumaban nuevas ideas, poniéndose ya sobre la mesa abiertamente la idea del «reparto» de la tierra.⁹

Todo lo anterior tuvo su reflejo en la provincia de Córdoba y en Bujalance. En 1919 existen organizaciones campesinas de izquierdas prácticamente en todos los pueblos cordobeses. En Bujalance se encuentra una de las más poderosas, *La Armonía*, de orientación anarquista y con nada menos que 3.200, asociados en un pueblo con una población de 12.113 habitantes en 1920, lo que suponía que estuviese afiliada más de un 26 % de la población. Solo Baena, donde el anarquismo era también fortísimo, superaba estos niveles de asociación, con 3.700. La zona latifundista de la campiña cordobesa era un auténtico puntal en la movilización sindical y política durante la crisis de la Restauración.¹⁰

La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) supuso el control y la represión de las protestas campesinas, asegurando los intereses de los propietarios agrícolas. Todo cambió con la llegada de la II República española (1931-1936). El régimen democrático supuso una auténtica ventana de oportunidad para las familias jornaleras de la campiña cordobesa. Los sindicatos agrarios reaparecieron y la efervescencia política incrementa sus afiliados: en Bujalance, la cenicista *La Armonía* supera ampliamente los 3.000 afiliados. Pero además despliega una impresionante capacidad de convocatoria, celebrándose asambleas de hasta 2.500 trabajadores y convirtiéndose en un auténtico poder paralelo. Solo durante 1931 protagonizan cinco huelgas: en mayo (para las Bases del Trabajo), julio (para el contrato de trabajo), agosto (como protesta por la clausura del centro obrero *La Armonía*), septiembre (impulsada por los campesinos, ante la situación de paro, hambre y miseria) y noviembre (una huelga orquestada con otras localidades). Las huelgas continúan durante 1932, logrando una mejora de las condiciones laborales y de los salarios.¹¹

La situación de miseria de las clases bajas hizo que el anarcosindicalismo reclamase reformas más decididas al gobierno republicano, exasperándose por la lentitud de la aprobación y aplicación de la Ley de Reforma Agraria, así como por la gestión del orden público en el mundo rural, cuya piedra de toque fueron los sucesos de Casas Viejas (Cádiz) de enero de 1933. Es así como se entiende la insurrección anarquista de diciembre de 1933 contra el gobierno republicano, justo tras el triunfo de las derechas en noviembre. La huelga general revolucionaria comenzó

⁹ Francisco Acosta Ramírez (ed.), *La aurora de rojos dedos: el trienio bolchevique desde el Sur de España*, Comares, Granada, 2019.

¹⁰ Barragán Moriana, *Conflictividad*. En el cercano Cañete de las Torres más del 36 % de los habitantes estaban sindicados. Ver: Díaz del Moral, *Historia*, apéndice IX.

¹¹ Manuel Pérez Yruela, *La protesta campesina en Córdoba*, MAPA, Madrid, 1979. Cañete y Martínez Mejías, *La Segunda República. Masaya Watanabe, La Andalucía libertaria: reforma, revolución y contrarrevolución en el campo andaluz (1868-1939)*, Utopía, Córdoba, 2024.

en Aragón pero se extendió a otros lugares de España como Cataluña, Extremadura y Andalucía. La ola revolucionaria también llegó a Bujalance, y durante tres días el pueblo se convirtió en un auténtico campo de batalla en el que se batieron la Guardia civil y los anarcosindicalistas; como en otros lugares, fue controlada y fuertemente reprimida. El bienio derechista supuso un reflujo de la movilización campesina y de sus militantes, así como una paralización de la reforma agraria y un retroceso en las condiciones laborales y en los salarios agrícolas.¹²

Las elecciones de febrero de 1936 supusieron la vuelta de las izquierdas al poder central. En Córdoba, su triunfo fue claro, atesorando 10 diputados de los 13 elegidos en la provincia; los 3 diputados electos restantes pertenecían a la derecha democrática del Partido Republicano Progresista, liderado por Niceto Alcalá Zamora. Se repusieron entonces los ayuntamientos depuestos por las derechas: el poder local volvía a manos de las izquierdas, y con ellos la actividad sindical y la vía libre para las reclamaciones laborales. La fortaleza jornalera explica el fracaso del golpe de Estado del 18 de julio en buena parte de los pueblos de la provincia, incluido Bujalance. En éste, los líderes de *La Armonía* controlaron la población, cercaron y rindieron el cuartel de la Guardia civil. Detienen y encarcelan a los considerados afectos al golpe y, a finales de julio, comienzan las primeras ejecuciones, azuzadas con las noticias de la masacre de la población civil tras la conquista de Baena por los sublevados y por los bombardeos de la aviación rebelde sobre Bujalance. Las milicias no pueden resistir el avance de las «tropas nacionales», precedidas por el bombardeo de la Legión Cónedor alemana, y la localidad es tomada en diciembre de 1936. Poco antes, un número muy significativo de la población huye a zona republicana.

Tras el fracaso del golpe, y hasta la ocupación de la localidad, la violencia republicana fue especialmente intensa, afectando a integrantes de la Guardia civil, políticos derechistas o familiares, y religiosos. Tras la guerra se celebrarían misas en honor a todos ellos, cifrándolos la Comisión Gestora franquista en 105 víctimas. Esta presencia de la memoria de la guerra entendida como «Cruzada» entre la «anti-España» republicana y la «verdadera España», identificada con los partidarios del franquismo, marcó la vida cotidiana de los años de la victoria.¹³

Como en el resto de España, el fin de la guerra viene acompañado del castigo sobre las familias de los vencidos. Muchos de ellos no regresan por temor a repre-

¹² Julián Casanova, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*, Crítica, Barcelona, 1997. Pérez Yruela, *La protesta*, p. 119. ABC Madrid, 14-12-1933, portada. Juan del Pueblo, *Los sucesos revolucionarios de Bujalance: narración verídica de quienes fueron más que testigos / Juan del Pueblo*, Dirección Única, Barcelona, 2018 [1934].

¹³ Azul. Órgano de la Falange de la JONS, 22-8-1939. Miguel Ángel del Arco Blanco, *Cruces de memoria y olvido. Los monumentos a los caídos de la Guerra Civil española (1936-2021)*, Crítica, Barcelona, 2022. Francisco Moreno Gómez, *La Guerra Civil en Córdoba (1936-1939)*, Alpuerto, Córdoba, 1985.

salias, marchando al exilio o incluso enrolándose en la guerrilla.¹⁴ Los que regresan son sometidos a la «justicia de Franco», especialmente intensa en el término de Bujalance. Se estima que el Tribunal de Responsabilidades Políticas abre 258 causas contra vecinos del municipio. Solo entre julio de 1939 y mayo de 1941 se fusilan a 38 vecinos en el cementerio municipal.¹⁵

2. LA POBLACIÓN DE BUJALANCE ANTE EL HAMBRE Y LA HAMBRUNA (1900-1960)

Tras el 1 de abril de 1939 llegó la «Victoria». El fin de las hostilidades bélicas no supuso la llegada de la paz o de la reconciliación. Por el contrario, el franquismo mantuvo viva la llama de la «Cruzada», insistiendo sobre la necesidad de seguir combatiendo a los «enemigos de España». La retórica del franquismo no se quedó en la propaganda oficial de la dictadura, sino que permeó a la sociedad, estando presente en las comunidades locales que vivieron la posguerra y marcando las relaciones sociales.¹⁶

Es en ese contexto cuando el «Nuevo Estado» comenzó a desplegar la autarquía que, además de una política económica, fue un proyecto renacionalizador por el que España debía purgar sus pecados, sanar su cuerpo enfermo y lograr la regeneración que la llevaría al imperio.¹⁷ Esta política fue uno de los factores principales para explicar el estancamiento de la economía española durante los años cuarenta. Más allá de los mitos esculpidos por el franquismo para explicar estos años de miseria (las consecuencias de la guerra, el supuesto aislamiento internacional o la «pertinaz sequía»), hace tiempo que se demostró que la autarquía fue el factor decisivo en evitar la recuperación.¹⁸ Además, recientes estudios han demostrado que se encuentra en el origen de una hambruna española, que afectó especialmente al sur

¹⁴ José Moreno Salazar, *Los perseguidos. La guerrilla libertaria cordobesa de los Jubiles*. La Torre Literaria, Madrid, 2011. Luis Miguel Sánchez Tostado, *Los «Jubiles». Aportaciones documentales inéditas de la resistencia antifranquista de Bujalance*, Ayuntamiento de Bujalance, Córdoba, 2008. Ignacio Muñiz Jaén y José Luis Gutiérrez Molina, *Las luchas libertarias del campesinado. Resistencia antifascista y represión en Bujalance durante la posguerra*, Ayuntamiento de Bujalance, Córdoba, 2010.

¹⁵ Antonio Barragán Moriana, *El regreso de la memoria: control social y responsabilidades políticas Córdoba 1936-1945*, El Páramo, Córdoba, 2009. Antonio Barragán Moriana, *Enterado. Justicia militar de guerra en Córdoba, 1936-1945*, Utopía, Córdoba, 2022. Francisco Moreno Gómez, *1936: el genocidio franquista en Córdoba*, Crítica, Barcelona, 2008. RGB, *Defunciones 1939-1941*.

¹⁶ Zira Box, *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Alianza, Madrid, 2010. Javier Rodrigo, *Cruzada, paz, memoria. La Guerra Civil en sus relatos*, Comares, Granada, 2013. Claudio Hernández Burgos, *Franquismo a ras de suelo. Zonas grises, apoyos sociales y actitudes durante la dictadura (1936-1976)*, Universidad de Granada, Granada, 2013.

¹⁷ Michael Richards, *Un tiempo de silencio. La Guerra Civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Crítica, Barcelona, 1999.

¹⁸ Carlos Barciela, *Con Franco vivíamos mejor. Pompa y circunstancia de cuarenta años de dictadura*, Catarata, Madrid, 2023. Jordi Catalán, *La economía española y la segunda guerra mundial*, Ariel, Barcelona, 1995.

del país, a las clases más humildes y, especialmente, a aquellos que habían perdido la guerra. Entre 1939 y 1942 unas 200.000 personas perdieron la vida por hambre o causas derivadas de la desnutrición.¹⁹

Desde comienzos de siglo XX se había producido una mejora en la alimentación de los españoles. No obstante, los grupos sociales más modestos ingerían una dieta calórica por debajo de lo suficiente, razón por la que puede hablarse de hambre en la España de preguerra. Además, se acentuaba en determinadas comarcas y coyunturas como las malas cosechas, afectando especialmente a las clases más bajas y vulnerables.²⁰ Las zonas de latifundio eran lugares donde para nada el hambre era ajeno: la extrema polarización social de estas sociedades hacía que la pobreza alcanzase a más familias, especialmente los que vivían sólo de sus brazos en el trabajo agrícola. Esta situación se volvía crítica cuando llegaban las crisis agrícolas o económicas: las primeras propiciaban una caída en el número de jornales; las segundas incrementaban el coste de vida, lo que golpeaba directamente en su capacidad de alimentarse.

Hacia el año 1905 se desató la sequía en buena parte de Andalucía. En el verano, como consecuencia de la mala cosecha y la ausencia de peonadas, la situación se tornó trágica. Se extendió el paro agrícola forzoso en casi toda la región. En Bujalance, en agosto lograron trabajar sólo 200 braceros, quedando en el paro y en la absoluta indigencia más de 1.000. El periódico *ABC* recogía una estampa desoladora, describiendo una escena en la que, en la plaza del ayuntamiento numerosos jornaleros pedían «pan para ellos y para sus hijos»: «extenuados, flacos, harapientos, reflejan en sus rostros la miseria y el hambre que poco a poco los aniquila».²¹

La situación de muchas familias en Bujalance era desesperada. El ayuntamiento anunciaba obras públicas que no remedian la crisis. La conflictividad campesina fue en aumento, desarrollándose huelgas y piquetes. Se producen asaltos a panaderías y la atmósfera es eléctrica. El 23 de agosto el dueño de una tahona apuñala a un trabajador hambriento que intentaba llevarse tres panes para sus seis hijos; como consecuencia, algunos jornaleros quisieron linchar al dueño del negocio, algo que no lograron gracias a la intervención de la Guardia civil.²² La necesidad de comer provocó incluso un reflujo en el sindicalismo, dado que algunos trabajadores abandonaron sus organizaciones y buscaron su salvación y reanudaron «los rotos vínculos de patronato y de clientela con los amos, para ponerse a salvo del terrible azote: la inmensa mayoría confesaban que se habían equivocado». Otra

¹⁹ Miguel Ángel del Arco Blanco, *La hambruna española. Victoria y muerte en la posguerra*, Crítica, Barcelona, 2025, pp. 122-126.

²⁰ Vicente Pérez Moreda, David S. Reher y Aroa Sanz Gimeno, *La conquista de la salud: mortalidad y modernización en la España contemporánea*, Marcial Pons, Madrid, 2015, pp. 322-325.

²¹ *ABC*, 19-8-1905. Datos de parados: 22-8-1905

²² *El Liberal*, «El hambre en Andalucía. Hambriento herido – indignación popular», 22-8-1905.

solución fue emigrar para comer: más de mil vecinos se marcharon a otros lugares y sectores económicos para conseguir el salario que alimentaría a sus familias, pasando a trabajar en las minas o en el ferrocarril que se estaba construyendo entre Peñarroya y Conquista.²³

A pesar de periodos de crisis como el relatado, la población creció en España de forma sostenida en el primer tercio de siglo, como reflejo de las mejoras en la alimentación, en la sanidad y en la educación de la población.²⁴ La agricultura también asistió a una apreciable modernización gracias a la introducción de nuevas técnicas de cultivo o fertilizantes, que garantizaron un aumento de la producción agrícola (Pujol et al, 2001). Bujalance también formó parte de esta tendencia, como se refleja en su evolución demográfica (Figura 1): de tener 10.756 habitantes en 1900, el pueblo pasó a 15.445 registrados como población de hecho en 1933 (nada menos que un 43,6 % de crecimiento relativo en algo más de tres décadas).

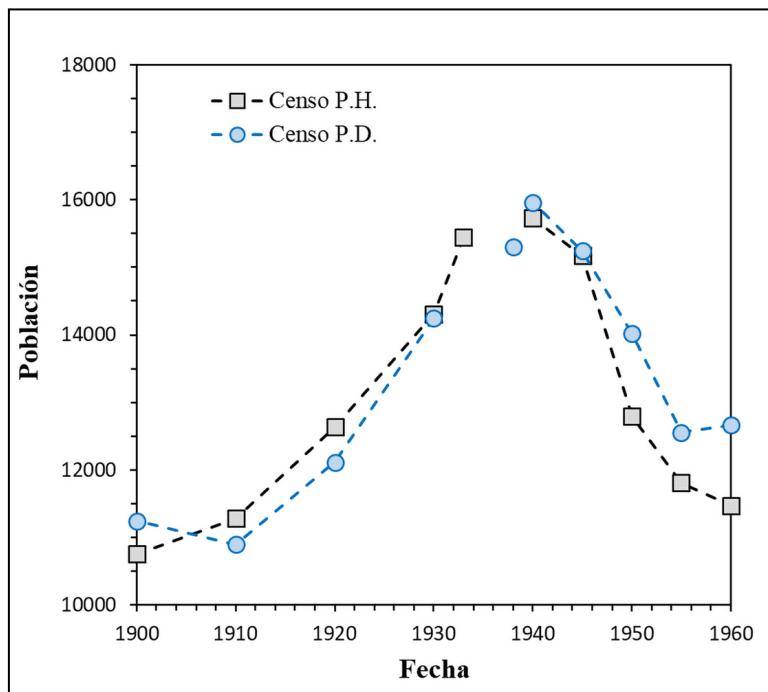


Figura 1. Evolución de la población de hecho (P.H.) y de derecho (P.D.) de Bujalance (1900-1960). Fuente: Censos (Instituto Nacional de Estadística) y padrones (Archivo Histórico Municipal de Bujalance, AHMB) de población.

²³ Díaz del Moral, *Historia*, p. 220.

²⁴ Pérez Moreda, Reher y Sanz Gimeno, *La conquista*, pp. 31-33.

La Guerra Civil supuso una interrupción en la evolución demográfica de Bujalance. Los bombardeos, la marcha de refugiados, la ocupación y la llegada de algunos transeúntes creó un periodo excepcional. El 31 de diciembre de 1938, respecto a una población de derecho de 15.132 habitantes, 14.780 estaban todavía ausentes (desplazados por la guerra), siendo el municipio repoblado con 4.721 transeúntes, mayoritariamente familias de jornaleros de lugares de España y Portugal, pero principalmente de pueblos de Andalucía occidental. Tras la contienda, la población se restituye a su lugar de origen. El 31 de diciembre de 1939 la situación demográfica parece haberse restablecido respecto al periodo de preguerra, alcanzando una población de hecho de 15.728 habitantes.²⁵

La hambruna llega a España antes del verano de 1939. A partir de entonces la situación va agravándose: el racionamiento es insuficiente, el coste de vida sube de manera exponencial, los salarios son congelados y no son suficientes para adquirir alimentos y, además, se produce un rebrote de enfermedades infectocontagiosas.²⁶ Bajo la dictadura ya no es posible acudir a la movilización social para mejorar los salarios o las condiciones laborales, puesto que los sindicatos han sido prohibidos, así como el derecho de huelga, asimilado por el franquismo al delito de rebelión.²⁷ A todo ello hay que sumar un factor decisivo, el político. La victoria franquista supone el fusilamiento, encarcelamiento, la pérdida del empleo o incluso la incautación de bienes de los republicanos. Todo dificulta la supervivencia de las familias en una situación ya de por sí complicada. A ello se suma la revancha de los propietarios agrícolas que, en el momento de repartir el trabajo en sus predios, premian a los afectos a la sublevación y castigan a los republicanos.²⁸

Los efectos de todo ello se reflejan sobre la demografía. A partir de 1940 tanto las correcciones del padrón municipal, como la línea de crecimiento vegetativo, apuntan a un incremento moderado de la población (Figura 2). Sin embargo, en el padrón de 1945 la población de hecho es de 15.171 habitantes, unos 1.400 menos de lo esperado por las estimaciones anteriores. El desajuste entre «correcciones» y recuento se explicaría parcialmente por la ocultación de fallecimientos o de migraciones por parte del poder municipal y de las familias, como forma de obtener más abastecimiento y un mejor racionamiento. Tras este descenso real de población se

²⁵ AHMB, Resumen del Padrón Municipal de Bujalance, 31-12 1938. AHMB, Censo de 1940. *Azul*, 30-8-1939.

²⁶ Del Arco Blanco, *La hambruna española*, p. 116. M.^a Isabel Del Cura y Rafael Huertas, *Alimentación y enfermedad en tiempos de hambre: España, 1937-1947*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2007, pp. 139-181.

²⁷ Carme Molinero y Pere Ysàs, *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Siglo XXI, Barcelona, 1998.

²⁸ Juan Martínez Alier, *La estabilidad del latifundismo*, Ruedo Ibérico, París, 1968. Teresa Ortega López, «Las miserias del fascismo rural. Las relaciones laborales en la agricultura española, 1936-1948», *Historia Agraria*, 43 (2007), pp. 531-553.

ven los efectos de la victoria franquista. En primer lugar, la violencia física: ejecuciones, encarcelamientos y exilios. Segundo, el comienzo de la hambruna, que se plasma en la retracción de la evolución normal de la población. Y en tercer lugar en la emigración como forma de resistencia al desempleo y al hambre.

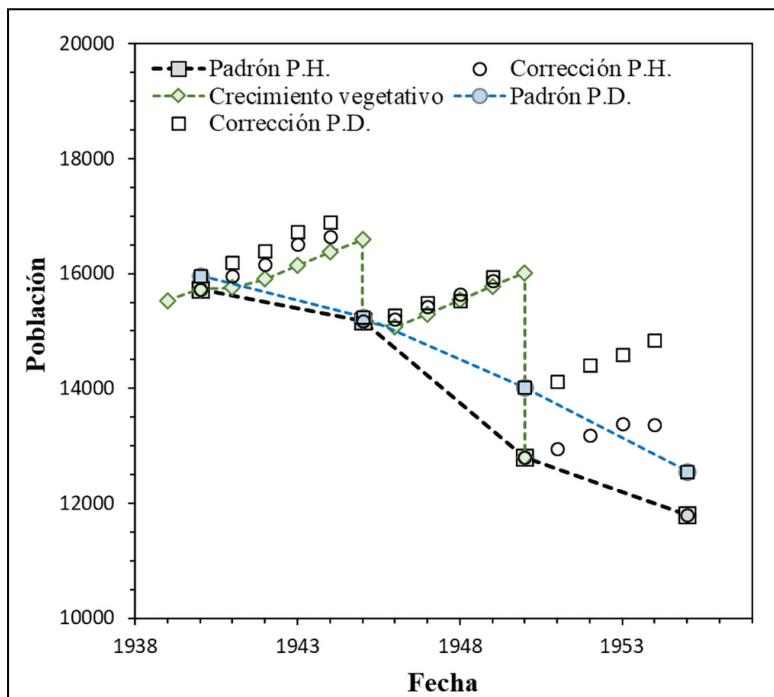


Figura 2. Evolución de la población de hecho (P.H.) y de derecho (P.D.) de Bujalance (1939-1955). Fuentes: AHMB y Registro Civil de Bujalance (RCB).²⁹

Con base al padrón de 1945, las correcciones para los años siguientes recogen esencialmente el crecimiento vegetativo, resultando en una población esperada de unos 16.000 habitantes para diciembre de 1950. No obstante, el censo de ese año arroja la cifra de 12.796 para la población de hecho, lo que supone una emigración neta de 3.200 personas. Estas cifras son indicativas de la segunda fase de la hambruna, que estudiamos en más detalle más adelante.

3. CAUSAS DE LA HAMBRUNA Y POLÍTICAS DEL FRANQUISMO

Hoy comenzamos a conocer las causas de la hambruna española. Como señalamos, el motivo fundamental fue la política autárquica adoptada al término de la

²⁹ Los padrones de población están visados por el Jefe Provincial de Estadística de Córdoba.

Guerra Civil. Sus efectos sobre la agricultura fueron desoladores. Como consecuencia de la intervención autárquica y su política de fijación de precios bajos, la superficie oficialmente cultivada de cereales decreció durante la posguerra: hasta mediados de la década de los cincuenta no se alcanzaron las hectáreas labradas en 1935. Si en 1935 se cultivaban 4,55 Mha de trigo en España, durante la primera parte de la hambruna no superaron las 3,80 Mha (sólo 3,49 Mha en 1939). La producción cayó en picado: si en 1935 se produjeron 4,30 MTm de trigo, tras la guerra rondaron los 3,00 MTm durante toda la década. Hubo años especialmente extremos, coincidentes con la hambruna: en la cosecha de 1940 sólo se llegó a 2,39 MTm de trigo (un 44,3 % menos que en 1935) o en 1945 a 2,26 MTm (un 47,4 % menos que en 1935).³⁰

La evolución de la agricultura condicionó la alimentación de los españoles durante la posguerra. Los alimentos básicos fueron los que sufrieron la caída más drástica: cereales, legumbres y patatas cayeron en su consumo entre un 27 y un 37%.³¹ Esto provocó que, durante esta década la situación fuese tan delicada que bastase una mala cosecha (o una peor de lo normal para aquellos años) para desatar una situación crítica. Esta fue agravada por la sequía del año agrícola 1944-1945.³²

Entre 1939 y 1943 la provincia de Córdoba vivió una pluviometría anual dentro de la normalidad (623 mm aproximadamente). Sin embargo, en 1944 y 1945 se registraron lluvias por debajo de la media: 434 mm y 308,4 mm, respectivamente, lo que se dejó sentir en las cosechas. En 1944 la de trigo se mantiene en los niveles de los años anteriores, pero la de aceituna es muy pobre, suponiendo sólo el 63 % de los cuatro años anteriores (media de 60.250 Tm), lo que tendría un impacto tanto en los precios de los productos como en los jornales contratados. De esta forma, los jornaleros y sus familias comenzaron 1945 con menos reservas nutricionales y con una sequía que condiciona las cosechas. En el verano de 1945 la cosecha de trigo no llega al 30 % de la del año anterior, y la de aceituna es catastrófica (sólo el 45 % de la media antes citada). A finales de 1945 llegan por fin las lluvias, pero sus efectos en una agricultura de carácter extensivo no se notarán en el campo hasta el verano de 1946. Las cosechas de trigo y de aceituna serán excepcionales en ese

³⁰ Xavier Tafunell Sambola, Carlos Barciela, Josep Fontana, y Albert Carreras, *Estadísticas históricas de España: siglos xix-xx*, Fundación BBVA, Bilbao, 2005, pp. 302-303 y 307.

³¹ Manuel González de Molina, David Soto, Juan Infante y Antonio Herrera, «Agricultural crisis and food crisis in early Francoism: Hunger seen through the lens of biophysics», en Miguel Ángel del Arco Blanco y Peter Anderson (eds.), *Franco's Famine. Malnutrition, Disease and Starvation in Post-Civil War Spain*, Bloomsbury, Londres, 2021, pp. 40-41 y 49.

³² Carlos Tames, *El régimen de humedad de la España Peninsular en relación con la agricultura durante el periodo 1940-1953*, Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas, Madrid, 1954, p. 11. Fernando Sánchez Rodrigo y Mariano Barriendos, «Reconstruction of Seasonal and Annual Rainfall Variability in the Iberian Peninsula (16th-20th Centuries) from Documentary Data», *Global and Planetary Change*, 63: 2-3 (2008), p. 256.

año (la producción se multiplicó por 3,5 y por 2 respecto a 1945, respectivamente), pero muchos no sobrevivirán para verlo: es el «año del hambre» en Andalucía.³³

La escasez de lluvia y la caída de la producción se convirtió en una auténtica bomba social sobre comunidades rurales latifundistas y jornaleras como la de Bujalance. El paro se convirtió entonces en un mal endémico. Las fuentes hemerográficas lo desvelan una y otra vez. El propio alcalde de Bujalance calificaba en 1946 al «paro obrero» como «el más terrible de los azotes modernos». En su pueblo, donde «casi el total de los vecinos» eran jornaleros, la sequía había dejado «muchos brazos parados» a los que había que dar trabajo³⁴. Carecemos de datos precisos, pero es posible que el número de jornaleros parados superase muy ampliamente el millar, y habida cuenta del tamaño medio de las familias, el número de personas extremadamente vulnerables estaría entre 4.000 y 6.000; es decir, al menos un tercio de la población global del municipio.³⁵

Como apuntamos, el exceso de mano de obra y el paro obrero había sido una tendencia constante en algunas regiones del agro andaluz. No obstante, la llegada del franquismo supuso una ruptura respecto a las épocas precedentes para luchar contra el hambre, lo que colocó a las clases bajas en una situación más difícil tras 1939. En el contexto de la «Victoria» y de la dictadura, no era posible recurrir a mecanismos anteriores que garantizaban la resistencia y la resiliencia de la población frente a las dificultades. Ya mencionamos que la protesta o la negociación laboral fueron imposibles en el nuevo marco de terror impuesto por el «Nuevo Estado». Pero, además, bajo el franquismo el respeto a la propiedad estuvo por encima de cualquier principio, algo que se evidenció especialmente en las zonas de latifundio, donde además de unas condiciones totalmente propicias para los grandes hacendados se acometieron incluso reformas para llevar el agua a sus predios. Además, se prohibieron labores de aprovechamiento que antes mitigaban el hambre, como podía ser el espigueo o la rebusca. También desapareció la asignación de pobres a «casas de conveniencia», una vieja costumbre atestiguada en el siglo XVIII por el que algunas familias necesitadas eran encomendadas a las familias pudientes para ser alimentados. Y por supuesto, desaparecieron también los «alojamientos» republicanos, un sistema por el cual los patronos estaban obligados a dar trabajo a un número determinado de jornaleros, según el tamaño de su propiedad.³⁶

³³ Instituto de Estadística de Andalucía, *Estadísticas del siglo XX en Andalucía*, Junta de Andalucía, Sevilla, 2002, pp. 26-27, 314-315, 388-389.

³⁴ *Pueblo: Diario del Trabajo Nacional*, 11-4-1946.

³⁵ Realizamos este cálculo aplicando el método del Problema de Fermi, considerando 1.000-1.500 varones en paro en ese año y el tamaño medio de la unidad familiar (3 hijos de media más la pareja del jornalero), lo que arroja un cálculo de 4000-6000 individuos afectados por la necesidad.

³⁶ Eduardo Sevilla Guzmán, *La evolución del campesinado en España*. Barcelona, Península, 1979. Antonio Miguel Bernal, «Agua para los latifundios andaluces», en M.ª Teresa Pérez Picazo y Guy Lemeunier (eds.), *Agua y modo de producción*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 271-311. Cafete y

Como parte de la filosofía del proyecto económico autárquico, tras la guerra se congelaron los salarios. Estas medidas fueron consecuencia del propio espíritu de la «victoria» tras la guerra, pero también del convencimiento de que el «interés nacional» para lograr el engrandecimiento de España estaba por encima de las clases trabajadoras que, casualmente, habían apoyado en gran parte a la República. Estos pésimos niveles salariales hacían muy difícil la subsistencia (6 pesetas para los trabajadores fijos en la inmediata posguerra para los varones, todavía más bajos para las mujeres). De esta forma, era muy difícil acceder a los alimentos en una época de inflación acelerada, especialmente alta para bienes de primera necesidad.³⁷

Hubo otros factores que agravaron el paro en la posguerra, antiguas bestias negra del sindicalismo agrario socialista y cetenista: el trabajo infantil y el destajo. El primero, permitido por la Ley de Contrato de Trabajo de 1944, redujo el número de jornales disponibles. El destajo también tenía la misma consecuencia: este trabajo extra especialmente típico en la recolección del cereal y de la aceituna se pagaba por debajo de jornal y en muchas ocasiones fue impuesto de manera coercitiva so pena de no volver a ser contratado.³⁸

En otro orden de cosas, cabe plantearse qué hizo el régimen franquista para tratar de frenar la hambruna. En primer lugar, hay que señalar que no modificó la política autárquica, verdadera clave de bóveda del origen de la crisis alimentaria. Si la intervención se hubiese relajado, abandonando la asignación de cupos y superficie a sembrar o la fijación de precios oficiales, el mercado negro y los precios podrían haber decrecido. Tampoco hizo nada con la política de salarios: los jornales agrícolas quedaron congelados en cifras de preguerra, haciendo imposible afrontar el aumento del coste de vida.

El franquismo recurrió a las obras públicas para paliar el paro, recuperando así una larga tradición que tenía pocos efectos reales ante situaciones de emergencia social. Por ejemplo, en abril de 1946, cuando la hambruna se encontraba en un punto extremo, el alcalde de Bujalance viajó a Madrid de urgencia para pedir fondos y realizar construcciones en el municipio para aliviar la situación. Desgraciadamente, estas obras no se llevarían a cabo hasta tiempo más tarde, por lo que tuvieron poca incidencia en frenar la crisis alimentaria aguda de la hambruna.³⁹

Finalmente, la dictadura recurrió a unas políticas sociales bastante limitadas para paliar el hambre. Estuvieron presididas por la idea de beneficencia, concibién-

³⁷ Martínez Mejías, *La Segunda República en Bujalance*. Ricardo Robledo Hernández, *La tierra es vuestra. La reforma agraria: un problema no resuelto*, *España: 1900-1950, Pasado y Presente*, Barcelona, 2022.

³⁸ Ortega López, «Miserias». Jordi Maluquer de Motes, *La inflación en España. Un índice de precios al consumo, 1830-2012*, Banco de España, Madrid, 2013, pp. 76-78. TNA, PRO, FO, 371/73342, *British Embassy Report*, 8-3-1948.

³⁹ Ortega López, «Miserias». Martínez Alier, *La estabilidad*. Robledo, *La tierra. Pueblo: Diario del Trabajo Nacional*, 11-4-1946.

dolas como un acto de caridad necesario y nunca como de justicia social atajase el problema de raíz. Además, todas estas iniciativas estuvieron siempre marcado de un fin político: controlar a la población y asegurar su disciplinamiento.⁴⁰

En este sentido, hay que destacar la labor de Auxilio Social. Tras la guerra, la llegada de la hambruna a la provincia de Córdoba era desesperanzadora. En noviembre de 1939 algunos pueblos lanzaban una llamada desesperada a la institución falangista. En Benalcázar se decía que «aquí por desgracia se están muriendo de hambre muchas familias» y las raciones repartidas no eran suficientes, por lo que se reclamaba la urgente intervención de Auxilio Social.⁴¹ A pesar de verse superada y de todas sus deficiencias, la institución falangista era algo a lo que recurrir cuando el hambre arrasaba las comunidades. Su labor en el año 1939 fue muy importante, alcanzándose entonces el máximo de comedores y de comidas repartidas. En Bujalance actuó con especial intensidad, lo que ayuda a explicar la evolución demográfica del municipio durante la primera fase de la hambruna (1939-1942). Así, en los primeros días tras el fin de la guerra se enviaron tres camiones de víveres para llevar «el pan del Caudillo» a los pueblos de la zona. También se instaló un comedor infantil y un albergue escolar, que dio protección a menores de 14 años, grupo de edad que en buena parte escapó a los estragos de la catástrofe alimentaria, como veremos.⁴²

Sin embargo, la actividad de Auxilio Social fue decayendo a partir de 1940, tanto en la provincia como en el resto de España.⁴³ Cuando llegó el segundo episodio de la hambruna en 1946, las clases bajas no disponían de los recursos proporcionados al término de la guerra. Entonces el régimen no aumentó los recursos para atender a la población desesperada. De hecho, entonces se determinó el cierre de los comedores de localidades con menos de 25.000 habitantes, lo que hace pensar que también fue el caso de Bujalance.⁴⁴

La Iglesia también desempeñó labores de beneficencia durante la posguerra, en muchas ocasiones con una explícita intención de recristianizar a las clases

⁴⁰ Carme Molinero, *La captación de las masas: política social y propaganda en el régimen franquista*, Cátedra, Madrid, 2005. Ángela Cenarro, *La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la Guerra Civil y en la posguerra*, Crítica, Barcelona, 2005.

⁴¹ AGA, Cultura, caja 11094, 4-11-1939 y 22-11-1939.

⁴² Azul, 9-4-1939. Azul, 3-4-1940.

⁴³ Óscar J. Rodríguez Barreira, «Auxilio Social y las actitudes cotidianas en los Años del Hambre, 1937-1943», *Historia del Presente*, 17 (2011), pp. 138-139. Francisco Jiménez Aguilar, «No son unos comedores más. Auxilio Social, biopolítica y hambre en el primer franquismo», en M. Á. del Arco Blanco (ed.), *Los años del hambre. Historia y memoria de la posguerra franquista*, Marcial Pons, Madrid, 2020, pp. 198-199. Luis Martínez Pereda, *El pan y la cruz: hambre y Auxilio Social durante el primer franquismo en Galicia*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2017, pp. 150-159.

⁴⁴ Sucedío en provincias como Tarragona y Soria: AGA, Cultura, caja 10070, Correspondencia Tarragona, 8-8-1946. Correspondencia Soria, 16-10-1946.

bajas, consideradas descarriadas por sus excesos en el periodo republicano.⁴⁵ Son necesarios más trabajos para conocer su papel, pero sabemos que algunos párrocos rurales desarrollaron algunas acciones para paliar el hambre. En Bujalance, el padre Ladislao, de la Orden de Carmelitas fue recordado como un puntal clave en el «cuidado espiritual» de la población, así como por sus obras de caridad «en pro de los pobres», especialmente en durante «la Gran Misión del año 1946».⁴⁶

4. DEFUNCIONES Y NACIMIENTOS (1939-1949)

Podemos rastrear la evolución de la hambruna a través del análisis de defunciones y nacimientos. Para ello, contamos con los libros del registro civil de Bujalance, disponiendo así de una fotografía de lo que sucedía en el municipio, a pesar de las evidentes ocultaciones que todo este tipo de documentación puede suponer. Además, nuestro trabajo nos permite discriminar algunas muertes que pueden distorsionar los resultados y que tradicionalmente han dificultado los estudios demográficos de la posguerra, como pueden ser las defunciones por causas de guerra o por las ejecuciones de la violencia franquista, así como registros con desfases de meses o años.

La Figura 3 muestra las cifras mensuales de nacimientos y defunciones registradas en Bujalance entre julio de 1939 y junio de 1948, y en la Figura 4 se muestran los agregados anuales, comparados con las cifras globales para Andalucía. Las cifras de Bujalance no están corregidas por registros extemporáneos. Hay un aspecto que difumina y oculta una situación demográfica todavía más grave: buena parte de la mortalidad infantil no será registrada, puesto que los niños nacidos muertos o fallecidos al poco del alumbramiento no serían inscritos en la documentación.⁴⁷ En cambio, los que sobrevivieron al nacimiento son siempre inscritos: por eso los nacimientos del municipio muestran unos resultados más favorables. Además, hay que sumarle que, como sucede tras todo conflicto bélico, hubo un aumento de nacimientos (especialmente concentrados en el año 1940) (Figuras 3 y 4). De hecho, el aumento de la natalidad se registra entre enero y julio de 1940 (343 nacimientos), correspondiente a concepciones que tuvieron lugar al término de la guerra (entre abril y octubre de 1939).

Tras el pico de nacimientos cuando la guerra termina, en 1941 se produce una caída, reflejo de las condiciones socioeconómicas del año anterior, en que se produ-

⁴⁵ Francisco Bernal García, «Misiones interiores, ejercicios espirituales y conferencias cuaresmales: formas de recristianización en la España franquista, 1940-1960», *Trashumante. Revista americana de historia social*, 23 (2024), pp. 101-107.

⁴⁶ Feria, «Influjo Carmelitano en Bujalance» y «Gratitud», 1947.

⁴⁷ Una reciente investigación ha demostrado la notable infravaloración en las fuentes de los fallecimientos de niños en edad temprana (0-5 años). Ver: Enrique Llopis, José Antonio Sebastián, Ángel Luis Velasco, Víctor M. Gómez y Víctor M. Sierra, *La mortalidad en la temprana infancia en el primer franquismo* (en prensa).

cen las concepciones. Se certifica en Andalucía pero, de nuevo, es más pronunciada en el municipio cordobés. Puede definirse una línea base con el promedio de las cifras mensuales de nacimientos para el periodo 1942-1945, ambos inclusive, como se muestra en la Figura 3, y resultando de 33 ± 6 . Esto nos permite cuantificar el déficit de nacimientos de 1941 en 59 ± 21 , lo que representa una caída estadísticamente significativa. En 1942 los niveles de alumbramientos comienzan por debajo de lo normal, pero se percibe una pequeña recuperación a partir de marzo de ese año, fundamentalmente a los nacidos en la segunda mitad del año, y que fueron concebidos tras el verano de 1941, cuando la cosecha se recogió y las condiciones alimentarias mejoraron.

Las series temporales de defunciones (Figuras 3 y 4) comienzan con un pico pronunciado en 1940-1941. Con el mismo criterio anterior puede definirse la línea base de defunciones mensuales en Bujalance, resultando de 15.7 ± 5.1 (Figura 3). Esto permite cuantificar el exceso de mortandad entre julio de 1939 y diciembre de 1941 en 355 ± 28 personas. De esta cifra habría que detraer 38 ejecuciones y 47 registros extemporáneos. Aun así, el exceso de defunciones en esta primera fase de la hambruna resulta muy significativo.

La segunda fase de la hambruna (1946) afectó especialmente al sur del país. En ese año, la mortalidad en Andalucía alcanza los 81.990 individuos, lo que supone un crecimiento del 22 % respecto a 1945; la natalidad desciende un 12 %.⁴⁸ Estas variables, de por sí llamativas, palidecen cuando examinamos lo sucedido en el municipio latifundista de Bujalance, donde la mortalidad anual se incrementa un 240 % y la natalidad cae un 70 % (Figuras 3 y 4). La disparidad entre los datos de Andalucía y el municipio cordobés se deben, además de a la mayor fiabilidad de las fuentes municipales, a las características sociales y políticas de Bujalance: una sociedad con una polarización social extrema por la distribución de la propiedad y con una población jornalera marcada por una participación política previa.

En Bujalance las variables demográficas son demoledoras y evidencia que la memoria popular tenía razón al recordar 1946 como «el año del hambre». Tras la mala cosecha, en ese año mueren 361 habitantes (aumentando más de un 122 % respecto a 1944, considerado como el último año normal). La hambruna se dejó sentir en los últimos meses de 1945, con mortalidad anormalmente alta en diciembre (Figura 3). Ya en enero y febrero de 1946, las defunciones son mayores que los nacimientos y superan los 30 individuos al mes. Sin embargo, el momento más severo será la primavera: entre marzo y mayo asistimos a más de 50 fallecidos al mes, alcanzando los 90 en abril. A partir del verano la tasa de mortalidad vuelve a posiciones normales, cuando se produce la recolección de la cosecha, aumentan los empleos y muchas familias logran acceder al alimento.

⁴⁸ Instituto de Estadística de Andalucía, *Estadísticas*, p. 67.

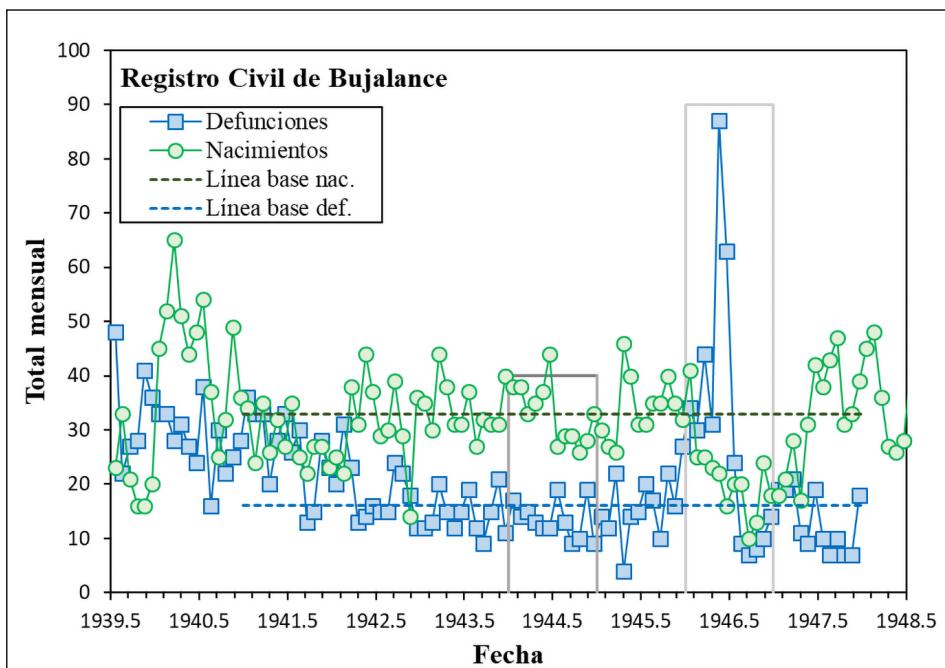


Figura 3. Evolución mensual de defunciones y nacimientos (julio 1939-junio 1948). Las fechas, expresadas en notación decimal, corresponden al punto medio de cada mes. Los rectángulos delimitan el periodo de estudio cuantitativo de la hambruna (1946), y el de referencia próxima (1944). Las líneas base representan el promedio de nacimientos y defunciones en los años 1942 a 1945, ambos inclusive. Las cifras no están corregidas por registros extemporáneos. Fuente: RCB.

Los efectos de las extremas condiciones socioeconómicas de la población también se palpan en los nacimientos (Figuras 3 y 4). En 1946 se producen solo 257 en Bujalance, lo que supone una reducción de más del 35 % respecto a 1944. Desde febrero de 1946 a abril de 1947 los registros de alumbramientos se mantienen por debajo de este nivel de referencia, con un déficit de nacimientos respecto al valor esperado de 200 ± 25 . La caída de los nacimientos es simultánea al incremento de las defunciones. Deja ver que muchas gestaciones no llegan a término por muerte de la madre o pérdida del feto. También, como sucede durante todas las hambrunas, se produce una caída de la fertilidad debido a la desnutrición, provocando incluso la amenorrea de muchas mujeres (ausencia de menstruación) debido a la baja disponibilidad energética. Así, los alumbramientos tocan fondo a partir del noveno mes de 1946 (septiembre), registrándose solo 10 inscritos. No se recuperan respecto a niveles pre-hambruna (septiembre de 1945) hasta mayo de 1947 (40 nacimientos), correspondiendo con las gestaciones de agosto de 1946, cuando ya había remitido la crisis alimentaria y las cifras de mortalidad son iguales o inferiores a los niveles previos de referencia.

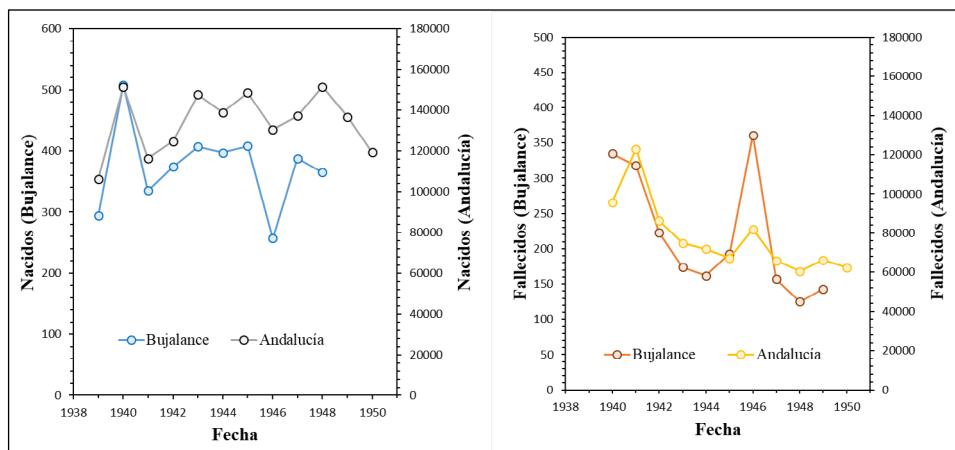


Figura 4. Comparación nacidos y fallecidos en Bujalance y Andalucía (1938-1950).

Fuente: RCB (datos no corregidos por registros extemporáneos) e Instituto Andaluz de Estadística (2002).

Series temporales: el momento de las muertes

Para conocer la evolución e intensidad de la hambruna recurrimos, al igual que en otras hambrunas de la historia, al concepto de sobremortalidad (*excess death rate*).⁴⁹ Es calculado restando al número de defunciones de un año de la hambruna la cifra de fallecidos en un año considerado normal. Dadas las dificultades metodológicas de comparar 1940 con los años anteriores debido a las alteraciones demográficas derivadas de la guerra, tan sólo comparamos 1946 con 1944, último año de «normalidad» demográfica. En ambas fechas la población era similar para que el cálculo sea fiable (15.170 habitantes de hecho, la del padrón de 1945). Los resultados son demoledores: en 1944 fallecieron 149 individuos, siendo la tasa anual esperada de fallecidos de 0,98 %. Pero en 1946 murieron 208 habitantes más (357 defunciones), siendo la tasa de 2,35 % (2,4 veces mayor). Las cifras anteriores ya están corregidas por registros extemporáneos (13 en 1944 y 4 en 1946).

Las hambrunas no comienzan con los años naturales, sino que lo hacen coincidiendo con causas naturales o humanas como puede ser una sequía, una guerra o la adopción de unas políticas determinadas. Analizar los fallecimientos por mes nos permite rastrear cuándo comenzó la segunda fase de la hambruna española de 1946. Si la cosecha de 1944-1945 fue mala por la sequía y por el propio funcionamiento de la política autárquica, lo lógico sería que la hambruna comenzase a sentirse cuándo, a la hora de la recolección, no hubo jornales suficientes para los trabajadores. Como puede verse (Figura 3), es a partir de diciembre de 1945 cuando

⁴⁹ Andrew B. Appleby, *Famine in Tudor and Stuart England*, Stanford University Press, Stanford, 1978.

se percibe una sobremortalidad creciente, con 27 fallecidos. Entre los meses de enero a julio de 1946 la mortalidad sigue en aumento (Figura 5), registrándose un exceso de 211 fallecimientos. En algunos de esos meses (enero-abril) prácticamente se dobla, pero la verdadera catástrofe demográfica se registra en mayo y junio, llegando a 81 y más de 60 fallecimientos, respectivamente. El ligero descenso de junio se explica por la llegada de la recolección de la cosecha de cereales y legumbres, algo que se ve confirmado en julio y agosto, ya con números homologables a 1944. De hecho, la cosecha de trigo de ese año en la provincia de Córdoba fue excelente, como también lo sería la de aceituna, recogida con la llegada del invierno (Instituto Andaluz de Estadística, 2002).

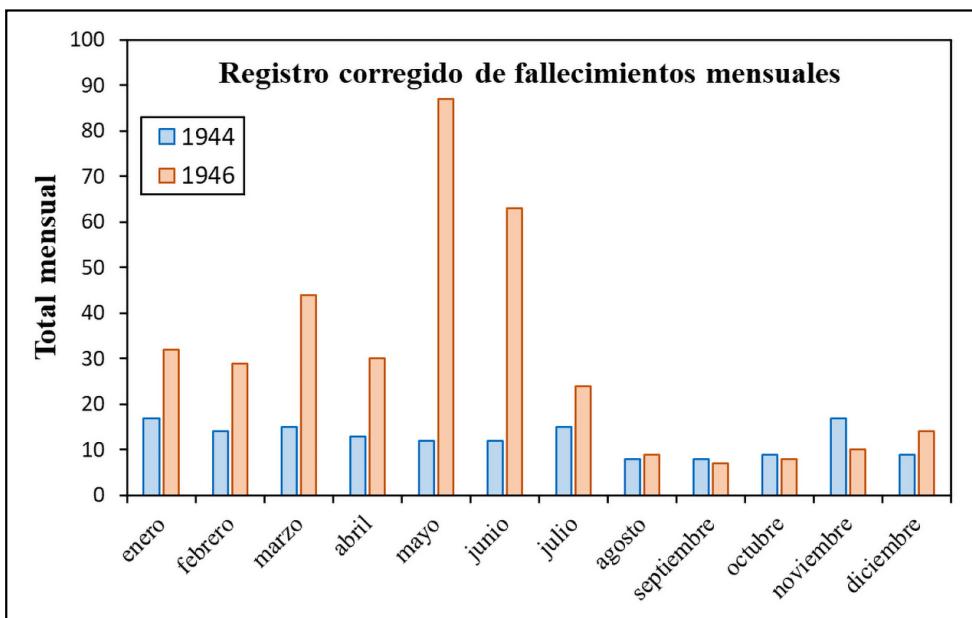


Figura 5. Fallecidos por meses en Bujalance (enero-diciembre de 1944 y 1946).

Fuente: RCB, con corrección de registros extemporáneos.

Nuestro estudio micro nos permite secuenciar los fallecimientos diarios durante el mes de mayo de 1946, el momento más crítico de la hambruna (Figuras 5 y 6). La cifra total, de 88 decesos (81 en exceso respecto a mayo de 1944), se corresponde con una tasa diaria media de 1,87 por cada diez mil habitantes tomando la población de referencia antes indicada. Esta tasa se corresponde con el indicador CMR propuesto por Howe y Devereux (2004), lo que permite calificar en ese mes a la hambruna en Bujalance como de nivel 3 en la escala de intensidad. Para que nos hagamos una idea, hubo días en que fallecían 6 personas por hambre o causas derivadas de la desnutrición (Figura 6).

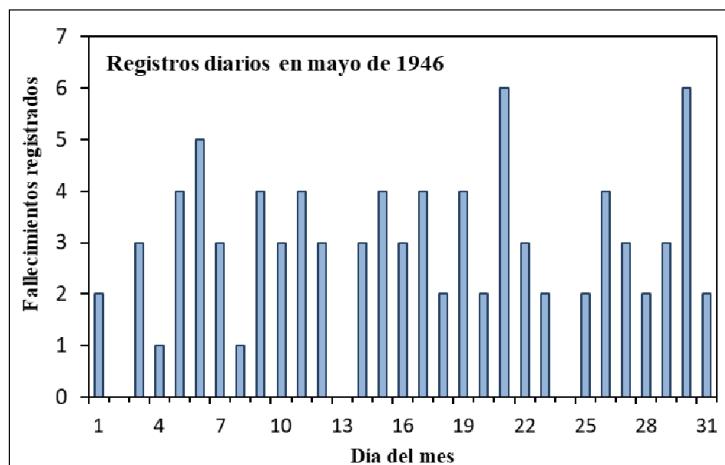


Figura 6. Registro diario de fallecimientos en Bujalance (mayo de 1946).

Fuente: RCB, corregidos por registros extemporáneos.

Causas de muerte

Las causas de muerte ofrecen información relevante para conocer la hambruna (Tabla 1). Es sabido que, durante la hambruna española, el personal sanitario y las autoridades municipales de la dictadura ocultaron en muchas ocasiones las muertes por inanición, recurriendo a eufemismos como «avitaminosis», «anemia crónica», «asistolia» y similares; lo mismo sucedería con las enfermedades infectocontagiosas, donde por ejemplo fue común que la tuberculosis fuese enmascarada con otras enfermedades respiratorias.⁵⁰

Durante las hambrunas, las causas de muerte son siempre variadas: desde enfermedades potenciadas por la desnutrición y la depresión del sistema inmunitario, a colapsos cardíacos o problemas con el sistema digestivo por la ingestión de alimentos en mal estado o derivados. Hemos clasificado las causas de fallecimiento en diversas categorías y subcategorías (Tabla 1).

Tabla 1. Causas de fallecimiento y número de casos registrados en Bujalance (1944 y 1946).

CAUSA	1944	1946
Inanición y desnutrición aguda	3	84
Caquexia	3	13
Anemia crónica	0	13

⁵⁰ Alfredo Menéndez, Enrique Perdiguero y Eduardo Bueno, «Medicalización y medicamentación del hambre en la postguerra española», *Historia Social*, 114 (2026), pp., de este mismo número. Esteban Rodríguez Ocaña, «Tifus y laboratorio en la España de posguerra», *Dynamis*, 37: 2 (2017), pp. 489-515.

CAUSA	1944	1946
Avitaminosis	0	31
Debilidad general	0	8
Edema de hambre	0	2
Inanición	0	17
Corazón y circulatorias	33	66
Arterioesclerosis	4	1
Asistolia	3	17
Colapso cardíaco	8	11
Endocarditis	3	5
Insuficiencia cardiaca	2	11
Miocarditis	9	14
Síncope cardiaco	3	1
Otras	1	6
Pulmonar	27	38
Bronconeumonía y bronquitis	10	16
Tuberculosis pulmonar	6	8
Neumonía	2	6
Otras	9	8
Sistema digestivo	32	83
Colitis	4	17
Dispepsia	3	3
Enterocolitis y Enteritis	7	42
Gastroenteritis	12	10
Otras	6	11
Debilidad infantil	17	31
Atrepsia	5	21
Debilidad congénita	7	8
Otros	5	2
Debilidad senil	7	14
Debilidad senil /vejez/senectud	7	14
Cerebral	8	12
Embolia/derrame/hemorragia/Ictus	8	12
Otras	22	29
Parálisis/Infecciosas/Lesiones/otras	22	29

Fuente: RCB.⁵¹

⁵¹ Dentro del grupo final de otras causas cabe reseñar en 1946 cinco casos de «toxicosis» en niños y 4 de meningitis. Dentro de la categoría de «Inanición y desnutrición aguda» se incluye la «debilidad general» que afecta a adultos no ancianos.

La primera categoría incluye las causas relacionadas con la inanición y desnutrición aguda, y que generalmente están ausentes en los años «normales». Son casi inexistentes en 1944, pero en 1946 suponen 87 casos. En 1946 se registran 17 casos que consignan como causa «inanición», algo completamente excepcional y que no encontraremos en las estadísticas provinciales o nacionales de la dictadura franquista. También es reconocido el «edema del hambre» (2 casos), producido por un déficit importante de proteínas. También aparecen en 1946 la «avitaminosis» y la «anemia crónica», con nada menos que 44 casos; son verdaderos eufemismos que desvelan la desnutrición de muchos individuos y familias. También la hambruna se esconde bajo la causa de muerte «debilidad general», que alcanza a 8 individuos, todos ellos adultos. Y también encontramos la «caquexia», caracterizada por una pérdida de masa corporal superior al 10%, y pasa de 3 casos en 1944 a 13 en 1946.

La desnutrición empeora y complica la evolución de otras enfermedades, y así se entiende el aumento moderado que se observa en las categorías «pulmonar», «cerebral» y «otras», e incluso la «debilidad senil». No obstante, en otras categorías aparecen incrementos mucho más elevados que pueden estar relacionados con la inanición o la desnutrición aguda. Tal es el caso de las enfermedades del corazón y del sistema circulatorio, que pasan de 33 a 66. Tenemos evidencia directa, a través de testimonios de familiares de fallecidos en ese tiempo que, habiendo muerto por inanición, la causa mortis anotada en el registro de defunción es «colapso cardiaco». ⁵² Como en todo fallecimiento el corazón se detiene, términos como «asistolia», «insuficiencia cardiaca» o «colapso cardiaco» pudieron emplearse en casos de inanición o desnutrición aguda.

Las muertes derivadas de enfermedades del sistema digestivo experimentan un crecimiento aún más fuerte, pasando de 32 casos en 1944 a 83 en 1946. Los casos de enterocolitis se multiplican por seis. Junto a la desnutrición se dejan ver las pésimas condiciones higiénico-sanitarias de muchos habitantes. Pero también hay que sumar factores como la ingesta de productos de baja calidad suministrados en el racionamiento, del que dependían y consumían fundamentalmente las clases más humildes. Del mismo modo, hay que sumar otros productos consumidos para tratar de sobrevivir y que hasta entonces eran ajenos a la dieta, como los derivados alimenticios, las hierbas, frutos o animales contaminados y un largo etcétera. ⁵³

Durante las hambrunas, son los niños, junto a los ancianos, quienes más sufren sus consecuencias. Esto comienza a verse en la categoría «debilidad infantil» de los fallecimientos. Las muertes se duplican respecto a 1944, esencialmente porque se multiplican por cuatro los casos consignados como «atrepsia», un término que se refiere a la atrofia general de los recién nacidos, y que guarda estrecha relación con la desnutrición de las madres durante la gestación. Este término y el de «debilidad

⁵² Entrevista a Ana M.ª Hernández, nacida en 1933. Bujalance, 15-5-2015.

⁵³ David Conde Caballero, *Hambre: una etnografía de la escasez de posguerra en Extremadura*, Diputación de Badajoz, Badajoz, 2021, p. 217 y ss.

congénita» pueden esconder otro problema al nacer: que las madres no dispusiesen de leche para alimentarlos ni de recursos para acceder en el mercado negro a la leche en polvo, vendida a precios prohibitivos.

Las víctimas

Con el fin de dibujar el perfil de las víctimas de la hambruna, podemos aproximarnos a su edad, al género, a la profesión o el lugar en que fallecieron. Para conocer la edad agrupamos en la Tabla 2 la información por grupos de edad, ofreciendo además el porcentaje que suponen entre el total. Su interpretación es compleja, pues un aumento o una disminución pueden deberse tanto a cambios que afecten a ese grupo de edad en concreto, o a cambios en el resto de grupos de edades.

Tabla 2. Fallecidos por grupos de edad (1931-1933, 1944 y 1946).
Número, porcentaje y sobremortalidad

Grupo de edad	1931-1933 (%)	1944 casos	1944 (%)	1946 Casos	1946 (%)	Exceso 1946 vs. 1944
< 1	21,2	39	26,4	77	21,6	38
1-5	15,8	14	9,5	20	5,6	6
6-10	2,6	5	3,4	5	1,4	0
11-20	3,6	10	6,8	5	1,4	-5
21-30	4,8	3	2,0	11	3,1	8
31-40	3,4	3	2,0	18	5,0	15
41-50	5,3	7	4,7	22	6,2	15
51-60	9,0	10	6,8	56	15,7	46
61-70	10,8	18	12,2	86	24,1	68
71-80	13,1	31	20,9	41	11,5	10
81-90	9,6	8	5,4	14	3,9	6
> 90	0,9	0	0,0	2	0,6	2
Total	100	148	100	357	100	209

Fuente: RCB (para 1944 y 1946) y Cañete y Martínez Mejías (2010) (promedio para 1931-1933, con fallecimientos totales de 215, 177 y 273, respectivamente).

Los datos reflejan una tendencia repetida en otras hambrunas: las mayores víctimas son los niños menores de un año y los ancianos. En la posguerra española la mortalidad infantil (fallecidos en el primer año de vida) se incrementó respecto a los años de la República, alcanzando en 1941 la mayor tasa de menores fallecidos de todo el siglo xx (28,9 %).⁵⁴ En Bujalance la tónica es similar: en 1946 mueren 38

⁵⁴ Rosa Gómez Redondo, *La mortalidad infantil española en el siglo xx*, CIS, Madrid, 1992, pp. 86-91. Josep Bernabeu Mestre, Pablo Caballero Pérez, M.ª Eugenia Galiana Sánchez y Andreu

niños más que los que lo hicieron en 1944, un año con cifras superiores al periodo republicano. Los adultos también se ven afectados: en 1946 fallecieron 38 personas más de una edad entre 21 y 50 años de los que lo hicieron en tiempos normales. Pero es en los ancianos cuando la mortalidad es más elevada: en 1946 perdieron la vida 124 vecinos más de los que lo hicieron en 1944. Su edad, su salud y los pocos recursos que tenían para hacer frente al hambre (muchos no podían trabajar o no conseguían empleo por su senectud), los convirtieron en las víctimas principales.

El género de los fallecidos también nos ofrece pistas sobre lo sucedido (Tabla 3). Antes de 1946 existía un cierto equilibrio entre los decesos de hombres y mujeres (47 y 53 % para el año 1944, respectivamente), pero la llegada de la hambruna desequilibra estas cifras y el número de varones fallecidos aumenta significativamente. De los 208 individuos que fallecieron de más respecto a 1944, 149 fueron hombres (más del 71 % de la sobremortalidad). La sombra del jornalero andaluz se entrevé en estos resultados.

Tabla 3. Fallecidos en Bujalance por sexo (1944 y 1946).

Año	Total	Hombres	Mujeres	% Hombres	% Mujeres
1944	149	70	79	47,0	53,0
1946	357	219	138	61,3	38,7
Exceso	208	149	59	71,6	28,4

Fuente: RCB.

Si nos faltaba alguna confirmación sobre lo anterior, nos basta con examinar las profesiones (Tabla 4). Los asalariados agrícolas (principalmente jornaleros) son las víctimas principales de la hambruna: más de la mitad de los que no debieron haber fallecido en condiciones normales eran trabajadores agrícolas (55,8%). Dependían del trabajo estacional, estaban golpeados por el paro por no haber trabajo o por estar marcados por su compromiso político republicano. Los que conseguían trabajar lo hacían a cambio de trabajos de miseria con los que difícilmente podían acceder a los alimentos.

La siguiente categoría en número de víctimas responde a aquellos que no disponían de ingresos para comprar comida o no disponían de tierras que cultivar, para así acceder al alimento. Nos referimos especialmente a las mujeres (dedicadas a «sus labores»), con más del 17 % de sobremortalidad respecto a 1944. En realidad, muchas de estas mujeres se empleaban también en tareas agrícolas, pero en un municipio como Bujalance con paro agrícola masivo tendrían difícil conseguir un jornal; y si lo hicieron, siempre recibieron una cantidad mucho más

Nolasco Bonmatí, «Niveles de vida y salud en la España del primer franquismo: las desigualdades en la mortalidad infantil», *Revista de Demografía Histórica*, 24: 1 (2006), pp. 181-202.

baja que la pagada a los varones. Es probable además que muchas de estas mujeres fallecidas perteneciesen a familias de jornaleros, en no pocos casos pudiendo ser «mujeres de negro» viudas o solas como consecuencia de la represión franquista.⁵⁵

Tabla 4. Profesión de los fallecidos en Bujalance (1944 y 1946).

Profesión	1944	1946	Exceso	Exceso %
Sin profesión (menores)	60	103	43	20,67
Sus labores	50	86	36	17,31
Jornaleros y otros trabajadores agrícolas	22	136	114	54,81
Propietarios, agricultores, labradores e industriales	6	8	2	0,96
Oficios varios	5	15	10	4,81
Otros	6	9	3	1,44
Total	149	357	208	100

Fuente: RCB

El aumento de mortandad también es significativo en el grupo de oficios varios, que multiplica por tres la cifra de fallecidos, aunque no tan intenso como en el grupo de jornaleros y trabajadores del campo, para el que la cifra de fallecidos entre 1944 y 1946 se multiplica por seis. Los datos aquí recogidos se refieren tanto a oficios que implicarían su contratación para su desempeño (4 albañiles, 1 afilador, 1 esquilador o 1 hortelano) o que dispondrían de un pequeño negocio (5 zapateros, 2 herreros).

La otra cara de la moneda la representaban aquellos que eran propietarios de tierras. Latifundistas y labradores escapaban al hambre: sus números son irrisorios, si bien pueden marcados por la estructura de la propiedad en el municipio, donde la pequeña y mediana propiedad no era muy común. Son además fallecimientos que se producen a avanzada edad y a consecuencia de enfermedades comunes. Cabe notar, no obstante, la excepción de un «agricultor» (posiblemente arrendatario) de 26 años que fallece por inanición en 1946.

El lugar de los fallecimientos nos permite conocer mejor la dinámica de la hambruna (Tabla 5). La mayoría de los hombres y mujeres morían en su domicilio, algo característico de muchas hambrunas. Tras una primera fase en la que el hambre provoca la desesperación y la búsqueda de comida, poco a poco conduce a la debilidad, a la postración y a la inactividad. Los hambrientos entran en sus casas y no son aptos para trabajar, tumbándose en sus camas aquejados de enfermedades o de una debilidad que les conduce a la muerte.

⁵⁵ Teresa Ortega López y Ana Cabana, *Haberlas, haylas: campesinas en la historia de España del siglo xx*, Marcial Pons, Madrid, 2021.



Bujalance, 1944. Vista general del pueblo. Archivo de la familia Castro.

La mayoría de los jornaleros y sus familias de Bujalance vivían de alquiler en casas de vecinos. En ellas las familias ocupaban una sola habitación, que hacía las veces de dormitorio y cocina. El retrete, los tinajones para la colada y otros mínimos servicios que los inmuebles pudiesen tener eran comunes. La condiciones higiénicas y sanitarias eran bastante lamentables, a lo que contribuía su alta ocupación. Antes de la Guerra Civil la ocupación media por vivienda superaba las 15 personas, llegando al extremo de hasta 29 personas.⁵⁶ En la posguerra esta situación empeoró como consecuencia del bombardeo de diciembre de 1936 que arrasó un gran número viviendas. Las políticas de vivienda del franquismo en la posguerra, con alquileres congelados y con los problemas de la escasez de materiales para la construcción, provocaron que los propietarios no introdujesen mejoras, ni se arreglasen ni se construyesen nuevos inmuebles.⁵⁷ Por eso, en Bujalance se llega a casos extremos: en algunas casas céntri-

⁵⁶ Cañete y Martínez Mejías, *La Segunda República en Bujalance*.

⁵⁷ Daniel Lanero Táboas (ed.), *De la chabola al barrio social: Arquitecturas, políticas de vivienda y actitudes sociales en la Europa del Sur (1920-1980)*, Comares, Granada, 2020. José Candela Ochotorena, *Del pisito a la burbuja inmobiliaria: la herencia cultural falangista de la vivienda en propiedad, 1939-1959*, Universitat de València, Valencia, 2019.

cas, ocupadas antes por una sola familia, llegaron a vivir 57 personas, acomodándose en antiguas cuadras. En estas infraviviendas encontraron la muerte muchos de ellos.⁵⁸

Tabla 5. Fallecidos en Bujalance en los años 1944 y 1946 según el lugar registrado.

Lugar	1944		1946	
	Número	Porcentaje	Número	Porcentaje
Campo, cortijos	2	1,34%	6	1,7%
Domicilio	141	94,63%	306	85,7%
Hospital San Juan de Dios	6	4,03%	45	12,6%

Fuente: RCB.

Los fallecimientos registrados extramuros son anecdóticos, pero muy reveladores. En 1946 fueron seis. Todos tienen una relación explícita o implícita con la hambruna. Tres varones de 40, 47 y 50 años murieron de «inanición» en caminos o cerca de cortijos: posiblemente iban a busca de comida, trabajo o cualquier fruto que echarse a la boca. Hay otros dos que fallecen en parecidas circunstancias (también hombres de 52 y 59 años), si bien la causa de muerte registrada es «insuficiencia cardiaca» y «avitaminosis». El último caso es estremecedor y pone rostro a la naturaleza de la hambruna: una mujer viuda que presumiblemente decidió acabar con su vida lanzándose a un pozo (el eufemismo que escondía su suicidio era «asfixia por inmersión»). Lo hizo el 23 de mayo de 1946, en pleno céñit de la hambruna. Dejaba un hijo. Su marido era Antonio Macedo Jurado, jornalero afiliado a la CNT sometido a consejo de guerra y fusilado el 10 de noviembre de 1939. En el formulario del registro donde se anotó su muerte se tachó la frase que aparecía por defecto («habrá de recibir sepultura en el cementerio general de esta ciudad»). Por el «pecado» de haberse quitado la vida no recibió cristiana sepultura, y su cuerpo fue depositado en el carnero del camposanto, junto a las demás víctimas de la hambruna.⁵⁹

Queremos detenernos también en los que fallecieron en el Hospital de San Juan de Dios (más de un 12 % del total, frente al 4 % que lo hizo en 1944). Allí eran conducidos los hambrientos desahuciados y aquellos que padecían enfermedades relacionadas con la desnutrición. El hospital se dedicaba a asistir y cuidar de los enfermos pobres. Contaba con el patronazgo del ayuntamiento de Bujalance y con la colaboración de las Hermanas de la Caridad. Si el hospital y la actuación municipal no hubiesen estado allí, es de esperar que la situación hubiese sido todavía más crítica.⁶⁰

⁵⁸ AHMB, Padrón Municipal, 1945.

⁵⁹ RCB; Defunciones, tomo 85, registro n.º 1008, Soledad Romero López, 23-5-1946. *Todos los Nombres*, <https://todoslosnombres.org/personas/antonio-macedo-jurado/>, consultado 7-8-2025.

⁶⁰ Feria, «Labor municipal», 1950.

Entre 1944 y 1946 se pasa de 6 a 45 fallecidos en el hospital. Aunque al comienzo de la primavera (marzo-abril) las cifras no son todavía muy altas, una mirada de cerca deja ver el hambre: se registra una muerte por «inanición» y dos por «enterocolitis». La cifra de fallecidos se dispara a 20 durante el mes de mayo, en lo que hubo de ser una situación de auténtica emergencia para este pequeño centro. El rango de edades va desde los 9 a los 75 años. Entre las causas de muerte, prácticamente todas dejan ver la falta de alimento: 4 son por inanición, 8 por enterocolitis, 3 colapsos, 1 miocarditis, 2 tuberculosis, 1 debilidad general y 1 de septicemia.

El género y la profesión de los fallecidos en el hospital no hacen más que confirmar lo ya señalado anteriormente. De los 45 fallecidos, 35 son varones, la mayoría de ellos jornaleros.

Las víctimas de las hambrunas mueren en silencio y, en muchas ocasiones, no hay memoriales, lápidas ni monumentos que recuerden su triste destino. Los fallecidos en la hambruna en Bujalance fueron enterrados «en el Cementerio general» de la localidad, como se especificaba en el registro civil. Se ha mantenido vivo en la memoria popular que, en aquel año, se excavaron grandes fosas comunes en el suelo (conocidos en Andalucía como «carneros»). Los fallecidos eran pobres de solemnidad, por lo que no tenían para pagarse un ataúd, un entierro o un lugar digno donde descansar sus restos. Por eso eran sacados de sus hogares o del hospital y eran conducidos al cementerio en una caja de madera retornable, conocida popularmente como «la carraca». Al llegar se depositaban los cadáveres en el «carnero», cubriendolos con tierra y a veces con cal. Hubo dos «carneros» en el camposanto, localizados al fondo del mismo, alejados de las miradas. En ellos se enterraron algunas de las víctimas de la violencia franquista, hoy reconocidos con lápidas que los recuerdan. Pero también allí están los que murieron en la hambruna española. Quizá este artículo sirva para recuperar su historia y dignificar su memoria.⁶¹

5. ESCAPAR DE LA HAMBRUNA: LA EMIGRACIÓN

Cuando se desatan las hambrunas, las sociedades que las sufren no permanecen impasibles. Hombres y mujeres luchan desesperadamente por sobrevivir. Durante la hambruna española adoptaron estrategias de resistencia para conseguir alimento. Fue frecuente que los hambrientos cruzasen la línea de la legalidad y recurriesen a hurtos de alimentos o de cualquier otro artículo, o se implicasen en pequeñas transacciones en el mercado negro para alimentar a sus familias. Esas estrategias llevaron también a muchos a alimentarse con artículos hasta entonces ajenos a su dieta: derivados alimenticios, hierbas y frutos del monte, animales hasta entonces nunca ingeridos o incluso el recurso a artículos en mal estado. Todos ellos estu-

⁶¹ Feria, «Construcción de una fosa común en el cementerio», 1950.

vieron presentes en Bujalance y han quedado en la memoria popular, aunque no los abordaremos en profundidad en este trabajo.⁶²

Sí queremos detenernos en un fenómeno frecuente en las hambrunas, otra estrategia para escapar al hambre: la emigración, la búsqueda desesperada de alimento o trabajo marchando a otro lugar. Tuvo lugar en Bujalance de forma acentuada. Como se comentó en el análisis de la Figura 2, entre diciembre de 1945 y diciembre de 1950 se produce una emigración neta de 3.200 personas. El proceso migratorio se produce en el municipio durante todos los años cuarenta, cuando España sufre un momento de carestía y dificultad. Pero dentro de esos años, el proceso se acelera en dos momentos. Primero, entre 1939 y 1942, cuando se produce un aumento de la mortalidad y ni siquiera el crecimiento de los nacimientos permite que la población permanezca en el municipio. El segundo, mucho más agudo, coincide con la segunda fase de la hambruna en 1946.

Marcharse en busca de trabajo recurría así a tácticas del pasado, como cuando ante la crisis alimentaria de 1905 emigraron un millar de jornaleros a otros lugares, como ya apuntamos. Pero ahora la situación es más grave por la agudez de la hambruna y por las políticas de la victoria del franquismo. Como sabemos, las políticas de racionamiento fueron claves en la gestión del hambre por parte del «Nuevo Estado». Eran las ciudades las que obtenían mejor racionamiento respecto al mundo rural, donde tanto las cantidades como las variedades recibidas eran mayores a las de los pueblos. Además, sabemos que eran los ayuntamientos los responsables de la clasificación y gestión del racionamiento: a la vida cotidiana del reparto del alimento también llegó la victoria. Se premió a los vencedores en la guerra, clasificándolos dentro de la tercera categoría, aquella que recibía más abastecimiento. En cambio, los jornaleros y sus familias, a veces marcadas políticamente, fueron clasificados como de primera o segunda categoría.⁶³

El racionamiento suministrado durante la posguerra no era suficiente para alimentar a una persona. De hecho, durante los años cuarenta más del 30 % de la población del país estuvo por debajo de las necesidades alimenticias consideradas hoy como normales por los organismos internacionales (unas 2.250 calorías al día).⁶⁴

⁶² Conxita Mir, *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Lérida, Milenio, 2000. Óscar Rodríguez Barreira, «Lazarillos del Caudillo. El hurto como arma de los débiles frente a la autarquía franquista», *Historia Social*, 72 (2012), pp. 65-87. Óscar Rodríguez Barreira, «Cambalaches: hambre, moralidad popular y mercados negros de guerra y postguerra», *Historia Social*, 77, 2013, pp. 149-174. Gloria Román Ruiz, «Pícaros De Posguerra. Turning to crime to survive famine and malnutrition in early Francoism (1939-1952)», en M. A. Del Arco Blanco y P. Anderson, (eds.), *Franco's Famine. Malnutrition, Disease and Starvation in Post-Civil War Spain*, Bloomsbury, Londres, pp. 114-136. *La Prensa*, 14-9-1945.

⁶³ Miguel Ángel del Arco Blanco, *Hambre de siglos. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Comares, Granada, 2007, pp. 268-269.

⁶⁴ Xavier Cussó Segura, «El estado nutritivo de la población española 1900-1970. Análisis de las necesidades y disponibilidad de nutrientes», *Historia Agraria*, 36 (2005), pp. 347 y ss.

Por eso, era necesario completar la dieta accediendo a más artículos alimenticios, para lo cual tener trabajo era un imperativo. En municipios como Bujalance, ante el paro y la hambruna, la única salida fue marcharse a otros lugares.

La historiografía ha comenzado a considerar el proceso migratorio de la posguerra, señalando la existencia de una emigración a la ciudad en esos años originada por motivos políticos y socioeconómicos.⁶⁵ En principio, las ciudades estaban mejor abastecidas y sus habitantes recibían mejor racionamiento. En las urbes el mercado negro atraía mayor número y variedad de alimentos, lo que los hacía más disponibles para quien pudiese comprarlos. En ellas había más actividad económica y se podía encontrar trabajo o desarrollar alguna actividad vinculada al mercado negro que permitiese la supervivencia. Además, en las ciudades el pasado y la militancia republicana se diluía, teniendo más posibilidades de salir adelante.⁶⁶

A partir de los censos decenales del INE, podemos calcular los cambios absolutos y relativos de población de hecho en todos los municipios de la provincia de Córdoba, producidos entre 1940 y 1950 (Figura 7). La población disminuye en 32 de los 75 municipios, lo que nos habla de un fenómeno prácticamente generalizado. Sin embargo, en 20 de estos pueblos la caída relativa supera el 5 %, y sólo en 5 supera el 15 %. La zona donde se produce más expulsión de población es la de la campiña cordobesa. Así, Bujalance (18,6 %), Cañete de las Torres (19,4 %), Castro del Río (18,3 %) o Baena (11,3 %) son los municipios que más pierden en términos relativos. Son zonas donde la politización fue muy alta hasta la Guerra Civil, cuando el golpe de Estado fracasó, marcadas por el latifundio y por una numerosa masa de trabajadores agrícolas dependientes de un jornal.

Mención aparte merece el norte de la provincia de Córdoba. Municipios como Pozoblanco o Peñarroya-Pueblo Nuevo perdieron casi 2.000 habitantes en la década. Eran zonas mineras donde el sindicalismo también fue importante. Pero quizás el elemento más relevante es que estuvieron en manos republicanas hasta los últimos momentos de la Guerra Civil. En ellos se constituyeron comités populares, hubo sucesos de violencia anticlerical y republicana sobre los derechistas y se combatió hasta los últimos días. Tras el 1 de abril de 1939 llegó la violencia franquista quedando, como ya mencionamos en un testimonio páginas atrás, muchas familias sin el cabeza de familia que lograse traer el pan a casa.⁶⁷

⁶⁵ Miguel Díaz Sánchez, *Fronteras de papel. Franquismo y migración interior en la posguerra española (1939-1957)*, Universitat de València, Valencia, 2024. Enrique Tudela Vázquez, *Marcharse lejos. Migraciones granadinas a Barcelona durante el primer franquismo (1940-1960)*, tesis doctoral, Universitat de Barcelona, Barcelona, 2018, pp. 126-136.

⁶⁶ Luis Enrique Otero Carvajal y Jaume Claret (eds.), *El gran retroceso. El primer franquismo*, Madrid, Catarata, 2025. Roque Moreno Fontseret, «Movimientos interiores y racionamiento alimenticio en la postguerra española», *Investigaciones Geográficas*, 11 (1993), pp. 309-316.

⁶⁷ Peter Anderson, *The Francoist Military Trials. Terror and complicity (1939-1945)*, Routledge, London, 2010.

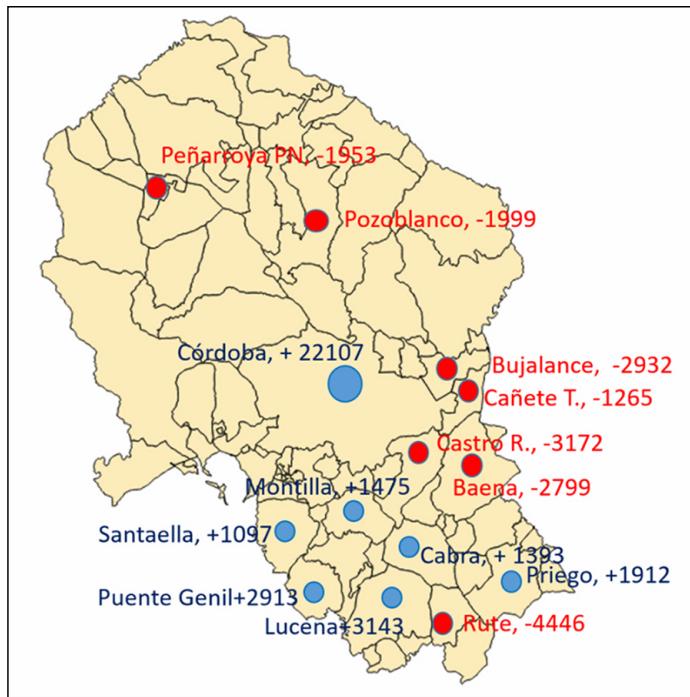


Figura 7. Cambios de población de hecho en la provincia de Córdoba (1940-1950). Sólo se representan los municipios con cambios de población en términos absolutos superiores a 1000 habitantes. Fuente: Instituto Nacional de Estadística. Elaboración propia.

La Figura 7 también muestra los municipios con incrementos importantes de población, proveniente de núcleos rurales de la provincia y de fuera de ella. El que más aumenta su población es la ciudad de Córdoba. En sólo diez años sus habitantes se incrementan más de 22.000 personas, lo que deja entrever el volumen del éxodo rural en busca de alimento y de alternativas. Es también llamativo el crecimiento en las poblaciones del sur de la provincia (Lucena, Puente Genil, Priego, Cabra, Montilla y Santaella). Se trata de pequeñas agrociudades con sociedades menos polarizadas que las de la campiña, con predominio de la pequeña y mediana propiedad, en algunos casos con cultivo de regadío, y con un tejido económico asociado a la agricultura más heterogéneo.

6. CONCLUSIONES

Nuestro trabajo aporta conclusiones relevantes para el estudio de la hambruna española. Desde luego, nuestra investigación se centra en un estudio de caso referido a la provincia de Córdoba y son necesarias más investigaciones para profundizar, ampliar los ejemplos o establecer comparaciones. No obstante, pensamos que pueden obtenerse algunas conclusiones, especialmente válidas para municipios agrarios con una preminencia del latifundio.

La hambruna española (1939-1942 y 1946) no afectó a todas las regiones del país por igual. A falta de más estudios que lo confirmen, parece plausible sugerir que se concentró en el mediodía peninsular. Nuestro estudio demuestra que, además, se cebó especialmente en aquellas comunidades rurales especialmente polarizadas socialmente. Este municipio, como otros de la campiña de Andalucía Occidental, había estado marcada históricamente por la presencia del latifundio y el empleo masivo de mano de obra agraria. Aunque con anterioridad a la Guerra Civil se produjeron episodios notables de hambre, no se había conocido una hambruna desde los años finales de la Guerra de la Independencia.⁶⁸

La hambruna llegó a la campiña cordobesa poco después de la Guerra Civil, dejando rastro tanto en el índice de nacimientos como de defunciones. Las limitaciones de las fuentes hacen difícil hacer una valoración más precisa, pero todo parece indicar que sus efectos fueron agudos, pero no devastadores. Aumentó la mortalidad y también descendió la natalidad. Sin embargo, Bujalance permite estudiar con más precisión la segunda fase de la hambruna: el año 1946. Ahí los números son alarmantes. La postración de la agricultura por la política autárquica se agravó en las cosechas de 1944 y, especialmente, 1945, debido fundamentalmente a la sequía. Desde finales de 1945 y hasta julio de 1946 tuvo un impacto en los indicadores demográficos. En este// último año la tasa de mortalidad se elevó considerablemente (2,4 veces mayor que en 1944), registrándose un exceso de mortalidad de 208 ± 12 personas y un déficit de 200 ± 25 nacimientos, en una población de 15.170 habitantes. Las muertes se concentraron en los meses de mayo y junio, justo los precedentes a la recogida de la buena cosecha de ese año que impidió que la situación fuese todavía más catastrófica. La mayoría de las muertes fueron por inanición o por causas derivadas de la desnutrición. Las víctimas fueron principalmente varones jornaleros, especialmente los más vulnerables (entre edades de 51 y 70 años); en menor medida se vieron afectados los niños de menos de un año. Este perfil social permite plantear la hipótesis de que las principales víctimas fuesen personas que militaron en el anarquismo y que se habían opuesto al golpe de Estado. Según nuestros cálculos, en el momento de mayor número de víctimas (mayo de 1946), la hambruna alcanzó una intensidad 3 del índice CMR.

Los habitantes más vulnerables a la hambruna adoptaron estrategias para no perecer, como la emigración. En sólo cinco años (1946-1950), 3.200 personas se marcharon de Bujalance. Fue una tendencia prácticamente generalizada en el resto de la campiña y en otras comarcas donde la politización y la lealtad a la República durante la guerra habían sido notables. La mayoría de ellos fueron a la ciudad de

⁶⁸ Vicente Pérez Moreda, «Spain», en Guido Alfani y Cormac Ó Gráda (eds.), *Famine in European History*, Cambridge University Press, Cambridge, 2017, pp. 69-72.

Córdoba en busca de trabajo y de sustento, pero también a otros pueblos de pequeña y mediana propiedad que pudieron absorber esa demanda de empleo.

Dos factores explican la severidad de la hambruna en Bujalance y en municipios similares de la campiña. En primer lugar, la desigualdad existente en la sociedad, la distribución de la riqueza y la polarización social provocaron que las clases bajas tuvieran menos instrumentos para hacer frente al hambre. Ante la caída de los rendimientos y de la productividad agraria, el paro se agravó, provocando a su vez una intensificación de los efectos de la hambruna. Por eso el segundo episodio de ésta, en el año 1946, fue especialmente virulento para los habitantes de la campiña: la sequía redujo de forma espectacularmente el número de jornales, agravando todavía más la situación.

El segundo factor es político. Se cifra fundamentalmente en la política autárquica, que estableció un sistema intervencionista que impidió la recuperación tras la guerra, que fomentó el mercado negro y una inflación que condicionó el acceso al alimento de las clases más bajas. Pero nuestro estudio demuestra que hubo factores relacionados con la politización de la sociedad. En una comarca con altísimos niveles de asociacionismo y de concienciación política desde finales del siglo XIX y todo el primer tercio del siglo XX, donde el anarquismo era la ideología protagonista y el golpe de julio de 1936 fracasó. Aquí la victoria franquista se impuso sobre los vencidos, primero a través de la violencia política y después por la revancha de los propietarios durante la posguerra. Aunque seguramente son necesarios estudios que ahonden en lo cualitativo, cabe pensar que la hambruna incidió especialmente entre las bases sociales jornaleras del cetenismo que, tras 1939, no consiguieron obtener trabajo y, en el mejor de los casos, se vieron obligados a emigrar.

Las sequías y las malas cosechas de 1949, 1950, 1953 y 1954 no volvieron a castigar de una manera tan cruenta a la población de Bujalance. Para finales de la década de los cuarenta llegó el trigo de la Argentina de Perón, que actuó como salvavidas. A partir de 1951, la política autárquica se abandonó, propiciando el crecimiento de la productividad agraria. Además, el problema del paro fue siendo menor por la marcha desesperada de los jornaleros y de sus familias durante la segunda mitad de los años cuarenta pero que, en los años cincuenta, se disparó completamente. Entre 1950 y 1955 se marcharon otras 2.282 personas de Bujalance a las ciudades, especialmente a Cataluña y País Vasco. La hambruna española no sólo había sido una forma de castigar a los enemigos de la sublevación y del franquismo, sino un factor clave en forzar el abandono del campo español.

La hambruna española en las zonas de latifundio bajo el franquismo: un caso de estudio de Andalucía

*The Spanish famine in latifundio areas under franquism:
a case study of Andalusia*

JOSÉ M. ABRIL-HERNÁNDEZ
Universidad de Sevilla

MIGUEL ÁNGEL DEL ARCO BLANCO
Universidad de Granada

RESUMEN

Este artículo profundiza en el conocimiento de la hambruna española a través del estudio de caso del municipio de Bujalance (Córdoba). A partir de fuentes demográficas, los autores se centran en los efectos de la hambruna en una comarca marcada por el latifundio, el jornalero y la intensa movilización política antes de la Guerra Civil. Se muestra cómo la política autárquica, unida a las malas cosechas y a la estructura latifundista, generaron una mortalidad y un descenso de la natalidad excepcionales. El nuevo marco represivo impuesto por la victoria franquista castigó a las familias jornaleras que, sumidas en el paro y con salarios muy bajos, tuvieron serias dificultades para resistir a la hambruna. El trabajo documenta una sobremortalidad especialmente entre jornaleros y ancianos. También se centra en una estrategia para escapar al hambre: la emigración.

PALABRAS CLAVE

Hambruna, Franquismo, Autarquía, Posguerra, Demografía.

ABSTRACT

This article deepens the understanding of the Spanish famine through the case study of the municipality of Bujalance (Córdoba). Drawing on demographic sources, the authors focus on the effects of famine in a region marked by large estates, day laborer dependency, and intense political mobilization before the Civil War. The study shows how autarkic policies, combined with poor harvests and the latifundio structure, generated exceptional mortality and a sharp decline in birth rates. The new repressive framework imposed by Franco's victory punished day laborer families who, facing unemployment and meager wages, struggled to withstand famine. The article documents excess mortality, especially among day laborers and the elderly, and highlights emigration as a key survival strategy.

KEYWORDS

Famine, Francoism, Autarky, Postwar, Demography.

JOSÉ M. ABRIL-HERNÁNDEZ

Catedrático en la Universidad de Sevilla, adscrito al departamento de Física Aplicada I. Académico correspondiente de la Real Academia de Ciencias de Córdoba. Principales líneas de investigación: Radiogeocronología, contaminación y modelización ambiental; aplicaciones de dinámica computacional de fluidos, con contribuciones en Arqueología y Arqueoastronomía. Producción científica: 114 artículos en revistas con índice de impacto (53 % Q1 según SCImago Journal Rank).

ORCID: 0000-0003-2540-5576

MIGUEL ÁNGEL DEL ARCO BLANCO

Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Granada. Ha centrado sus investigaciones en el estudio de la Guerra Civil, la posguerra y el fascismo, abordando temas como las actitudes políticas, la represión, la memoria o la hambruna franquista. Sus trabajos han aparecido en revistas científicas nacionales e internacionales como *Journal of Contemporary History*, *European History Quarterly*, *Contemporary European History*, *International Journal of Iberian Studies*, Ayer, *Historia Agraria o Historia Social*. Su último libro es *La hambruna española. Victoria y muerte en la posguerra* (Crítica, 2025).

ORCID: 0000-0002-6206-8209

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO:

José M. Abril y Miguel Ángel del Arco Blanco, «La hambruna española en las zonas de latifundio bajo el franquismo: un caso de estudio de Andalucía», *Historia Social*, núm. 114 (2026), pp. 157-192.

DOI: 10.70794/hs.119327